

Fernando Caruncho, retratado para *El País Semanal* en 2017. GIANFRANCO TRIPODO

Fernando Caruncho

Paisajista de la luz y las ideas

El jardinero y pensador dejó un importante legado de proyectos públicos y privados en todo el mundo

ALFONSO PÉREZ-VENTANA

El jardinero, filósofo y humanista Fernando Caruncho falleció el día 20 a los 68 años, tras cerca de 50 de oficio. Llegó al jardín a través de la filosofía y dedicó su vida a buscar en él aquello que consideraba esencial para el ser humano: la belleza, el orden y una relación perdida con la naturaleza. Durante casi cinco décadas, la última junto a su hijo Pedro, trabajó como un leal y paciente guardián del espíritu del lugar, un escultor del paisaje reconocido por su capacidad de refundir los elementos de la naturaleza en un orden enseñado y por su maestría en el manejo de la luz, los volúmenes y la geometría del espacio.

El paisajista español más internacional deja un legado de proyectos públicos y privados en buena parte de EE UU, Europa, Nueva Zelanda, Marruecos y Japón, además de una extensa obra en España. Entre ella, la Terraza de los Laureles del Real Jardín Botánico de Madrid; la transformación de los Jardines de Pereda, en Santander; pazos como el de Pegullal, en las Rías Baixas; y jardines agrícolas como Mas de les Voltes, en el Ampurdán. Su obra reivindica para el jardín la trascendencia que le es inherente. Él mismo se encargaba de recordarlo cada vez que tenía oportunidad: el jardín

es absolutamente esencial en la existencia humana y está en el inicio de todas las civilizaciones como primera casa y refugio radical del hombre.

En su refugio particular, su estudio-jardín al norte de Madrid, frente a los primeros perfiles de la sierra de Guadarrama, las grandes maquetas de proyectos conviven con estanterías repletas de poesía, filosofía, humanismo, jardinería y pensamiento antiguo. Una librería habitada por Paul Valéry, Juan Ramón Jiménez, Francesco Colonna y Jacques Dars, junto a autores de la tradición centroeuropea como Werner-Wilhelm Jaeger, Goethe, Rilke y Hölderlin. Allí, los límites entre arquitectura y jardín se diluyen gracias a unos pocos elementos: un grana, una higuera y una sobria lámina de agua rodeada de círculos concéntricos peñados en la grava. Este es quizá el jardín que mejor condensa la manera de entender el paisaje de Fernando Caruncho: "Cuanto más simplifica el jardín, más misterioso se vuelve. Porque simplificar no significa reducir, sino dar lugar a un sentimiento más genuino, más verdadero", afirmaba.

"Cuanto más simplifica el jardín, más misterioso se vuelve", afirmaba

Su biblioteca una a Valéry, Coloma, Juan Ramón Jiménez, Rilke y Goethe

A través de esa aparente simplicidad, reivindicaba también la herencia del jardín hispanomusulmán, especialmente en el tratamiento de la geometría y el agua y en el uso de determinadas especies como el laurel, el mirto o los cítricos. Para él, esa tradición alcanzaba su máxima expresión en la Alhambra, que consideraba el jardín más importante de Occidente, origen del jardín español y de buena parte de los jardines europeos.

La obra de Fernando Caruncho, de profundo carácter mediterráneo, es plenamente reconocible por su manera de abordar el paisaje en su conjunto, desde la gran escala hasta los espacios más inmediatos a la arquitectura, y por el trabajo virtuoso con grandes masas orgánicas de arbustos. En el jardín de Flynn, en Boca Ratón (Florida), su primer proyecto en Estados Unidos, las formaciones de *Ilex vomitoria* (yaupon) perfilan las líneas circulares del trazado. En La Gerzeta, Biarritz, es la escalonía la materia escultórica con la que moldea las ondulaciones del jardín.

La obra de este jardinero ilustrado parece prolongar aquel antiguo lema que, según la tradición, presidía el frontispicio de la Academia de Platón y que el paisajista hizo suyo casi como un mantra: "Que nadie que ignore la geometría entre aquí". El orden y la luz eran para Caruncho el camino hacia la belleza. "Donde hay luz hay genio", decía. El arte del jardín consistía para él en saber captar y transformar esa luz que cada espacio recibe, convencido de que no hay ningún lugar sin su belleza propia.

'In Memoriam' Baldomero Rubio Segovia

Decano y forjador de matemáticos

JESÚS ILDEFONSO DÍAZ DÍAZ

Se podrían decir muchas cosas de Baldomero Rubio Segovia, Baldo para sus amigos, fallecido el martes a los 88 años: hablar de su obra matemática, de sus libros, de sus años de docencia, de Princeton, Buenos Aires o París, de su estrecha relación con Miguel de Guzmán, de tantos discípulos y compañeros. Pero no quisiera convertir su recuerdo en una fría enumeración de méritos. Una vida como la de Baldo se refleja mejor por las huellas que fue dejando en las personas y en las instituciones.

Una de ellas fue su extraordinaria labor como decano de la Facultad de Matemáticas de la Universidad Complutense, entre 1978 y 1985. Fueron años excepcionales. España estaba aprendiendo a vivir en democracia y también la Universidad debía aprender nuevas formas de convivencia, participación y gobierno. Si se me permite la comparación, Baldomero y sus equipos decanales fueron como nuestros "padres de la Constitución". Supieron pilotar una transición en la que había que cambiar muchas cosas sin destruir lo que merecía conservarse; escuchar sensibilidades diferentes, conciliar posiciones y, sobre todo, mirar hacia adelante.

Aquella Facultad estaba llena de jóvenes profesores no numerosos que reclamábamos participar en la construcción de una Universidad diferente. Baldo comprendió aquella energía y supo encauzarla. Se preocupó, además, por recuperar para la Complutense a jóvenes matemáticos formados en ella que el sistema universitario había dispersado por toda España. Cuando recuerdo aquellos años, no veo a Baldomero ocupando su despacho de decano: lo veo abriendo puertas y ventanas para que otros pudiéramos atravesarlas respirando aire fresco.

Pero quizá su huella más duradera haya sido la de forjador de matemáticos. Los profesores universitarios sentimos a veces la tentación de refugiarnos en cursos avanzados, cerca de nuestras investigaciones. Baldomero, cuyos resultados sobre "diferenciación de integrales" fueron recogidos en el libro de Walter Rudin, hizo lo contrario. Eligió enseñar en primer curso, allí donde el estudiante se encuentra por primera vez con la matemática superior. Enseñaba algo más importante que teoremas: enseñaba a pensar.

Fue el colaborador más estrecho de Miguel de Guzmán. Juntos escribieron libros que aportaron aire nuevo a la ense-

ñanza del Análisis. Para ellos, la matemática no consistía en coleccionar resultados para almacenar, sino en un saber hacer: aprender estrategias, descubrir caminos, formular las preguntas adecuadas. Enseñar, en definitiva, las estrategias del pensamiento matemático.

Tras la muerte de Miguel en 2004, Baldo no permitió que aquella obra quedara inmóvil: la continuó, revisó y perfeccionó. Ya jubilado, siguió escribiendo. Cuando había desaparecido toda obligación académica, continuó haciendo lo que verdaderamente amaba: explicar matemáticas. Para él, jubilarse parecía significar simplemente disponer de más tiempo para aprender y enseñar.

Y se nos ha ido también el amigo. Fue mi primer profesor de Análisis en la universidad; después fuimos compañeros durante más de medio siglo y compartimos matemáticas, universi-



Baldomero Rubio Segovia.

dad, amigos, viajes, alegrías y dificultades. Para mí fue mi "otro hermano mayor".

Los matemáticos sabemos que algunas cosas permanecen cuando ya ha desaparecido aquello que las originó. También ocurre con las personas. Queda una manera de enseñar, una institución que ayudaron a construir, un consejo recordado medio siglo después, un libro abierto sobre la mesa de un estudiante.

Baldo se ha ido, pero seguirá enseñando mientras alguien, al sumergirse en uno de sus libros, descubra que las matemáticas no consisten solamente en encontrar respuestas, sino en aprender a mirar. Y quizá sea esa la forma más hermosa de permanecer: seguir encendiendo una luz en la inteligencia de quienes nunca llegaron a conocerlos.

Jesús Ildefonso Díaz Díaz es miembro de la Real Academia de Ciencias y profesor emérito de la UCM.